**DOMINGO II DE ADVIENTO**

En este segundo Domingo de Adviento, nos encontramos con el inicio del evangelio de Marcos. A diferencia a los otros dos evangelios que conforman el grupo de los sinópticos, Marcos no comienza con el nacimiento de Jesús, sino directamente con su bautismo, precedido por la presencia de Juan el Bautista.

Vamos a rescatar algunas frases. Me llama la atención que el texto dice que “toda la gente de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él y se hacían bautizar confesando sus pecados”. Todos acudían a él: esto quiere decir que era muy conocido, y que era de fiar. ¿Qué palabras decía para que todos fueran a escucharlo? ¿Qué propuesta les hacía para que fueran “todos” a verlo? Me hubiera gustado conocer sus palabras; no me imagino a Juan Bautista hablando sin motivación, sin energía, sin coraje, sin firmeza. El ser humano en todos los tiempos de la historia acude a aquel que lo hace sentir bien, a aquel que moviliza su alma, a aquel que lo recibe bien, a aquel que le da esperanza, a aquel que le produce un cambio para mejor en sus vidas. Según el texto, la gente iba a recibir el agua del perdón, o sea, iban a purificarse. Hay una necesidad en la gente de encontrarse con Dios, de acercarse más a Él. Como sucede hoy: la gente tiene sed de Dios; algunos se dan cuenta y otros no. Hay una necesidad de Dios que se manifiesta de muchas maneras y una de ellas es el deseo de ser amados. La mayoría de la gente, y quizás me arriesgo a decir que “toda la gente” (como dice el texto) esconde en su corazón un gran deseo de ser amada, pero pocos lo manifiestan. Algunos prefieren aparentar que todo está bien; otros ni siquiera se permiten interrogarse a sí mismos porque tienen miedo de encontrarse con esta verdad: de que no soy amado/a.

La gente que acudía a Juan Bautista encontraba en él algo más que una prédica; veían que lo que predicaba lo vivía. Su humildad y su sencillez se manifestaban en sus gestos y palabras. “Detrás de mí vendrá el que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de ponerme a sus pies para desatar la correa de sus sandalias”. En esta frase encontramos justamente la humildad de aquel que se reconoce pequeño ante Dios. El servidor era quien desataba las correas de las sandalias de su amo. En este caso, Juan se considera más abajo que un servidor. Con estas palabras Juan postra su corazón ante su Señor, y como María manifiesta su pequeñez para dar paso a Aquél que hace grandes cosas.

“Yo soy una voz que grita en el desierto”. Así se presentaba Juan el Bautista, con ese nombre. Es decir, su nombre era una frase de otro profeta, del profeta Isaías. El profeta habla en nombre de Dios y dice todo lo que se le encomienda decir. Sólo presta su voz para que el mensaje de Dios llegue a los hombres. El grito es la voz potente que busca ser escuchada por su Dios; que busca aplacar otras voces que interfieren en el encuentro entre Dios y los hombres. En el desierto de cada día, aún el silencio parece un grito que ensordece. Por eso, el profeta comprende que debe elevar su voz por encima de todos los ruidos del mundo; por encima de todos los pensamientos que confunden el corazón; por encima de todos los parlantes de noticias que sobreabundan y que buscan tener un público entretenido y disperso. El grito del profeta no es un volumen elevado que ensordece. Este grito es de Palabra de Dios, por lo tanto, el grito es como una brisa suave que da paz y sosiego al alma; es el grito de la Buena Noticia, es el grito del Amor. Quien ama es un grito para los demás; su presencia es un grito, sus gestos es un grito. El grito es algo que me despierta, que me llama la atención, que me deja pensando, que me interpela mi forma de vida. La Palabra es ese grito. El profeta grita la Palabra.

Hay quien grita de soledad, otro de desesperanza, otro de tristeza, otro de grandes dolores acarreados. La Palabra de Dios puede cambiar esos gritos en esperanza, en alegría, en sanación, en comunidad de amor. En el bautismo fuimos consagrados como profetas. Ya tenemos el envío del Espíritu Santo. Sólo nos toca “gritar al mundo la Buena Noticia”.